

barítono, hasta tal punto, que le decía á la primera canción : « ¡Te haré nombrar Sub-prefecto de San Dionisio!;» á la segunda : « ¡Te haré nombrar Prefecto!;» y á la tercera exclamaba : « ¡Te haré nombrar Prefecto del Sena! »

## XXII.

La muchacha.

Esther era revoltosa como ella sola; le gustaba apartar á los hombres del camino de las demás, salvo cuando los apartaba también del suyo. Manejaba á su antojo las intrigas amorosas, lo mismo que hubiera manejado los caballos de Apolo, con su blanca, fina y expresiva mano, á través de las doradas nubes. No se sentía la brida, pero se caminaba á merced de su fuerte voluntad. Nadie se escapaba al magnetismo de su dictadura.

Una noche, que no tenía nada que hacer, supo que dos actrices muy conocidas, dos mujeres de la Ópera, se disputaban un Príncipe encantador y muy querido, aunque no por su dinero, por más que no fuera un príncipe de la Bohemia.

Á Esther le fastidiaba verle caer en aquellas blancas manos, pues si escapaba de la una, iría á caer en poder de la otra. ¿Quién sería la una? ¿Quién sería la otra?

Rogó á uno de sus amigos que le diera el brazo.

—No le comprometeré á V. (le dijo), porque voy á envolverme en un dominó violeta, que espero hará más ruido que los más caprichosos y alegres trajes. Quiero impedir que un Príncipe caiga en una trampa. Además, en cuanto entable conversación con él, queda V. en libertad.

—Muy bien (contestó el amigo). De manera que estoy demás en cuanto encuentre V. lo que busca. ¿Sabe V. que el papel que quiere V. hacerme representar no está clasificado todavía en la comedia francesa?

—Sí tal.

—Acepto; pero con una condición; y es, que me presente V. á su amiga Rhea.

Se cerró el trato, y partieron en son de guerra.

El Príncipe tenía un palco proscenio. Esther tocó á la puerta, y presentó á su amigo, que era muy conocido del Príncipe.

—Monseñor (dijo á éste); si Rhea viene por aquí, deténgala V., porque mi amigo quiere cenar con ella, conmigo y con V.

El Príncipe rodeó con su brazo la cintura del dominó violeta.

—Muy pronto lo has dicho; pues hay dos mujeres á quienes he prometido cenar con ellas: la que ves aquí, y otra.

—¿Acaso carece V. de estómago, Monseñor? Sin embargo, le he visto á V. llegar al tercer servicio más de una vez.

Una de las dos actrices era la que estaba en el palco, la cual se creía adorada por el Príncipe desde hacía algunos días.

Era una preciosa criatura, que no desconfiaba de nada; una Venus de Milo en miniatura. Pero ésta, al menos, no tenía que enviar por sus brazos á ninguna parte, pues los tenía muy buenos para sujetar sus pasiones.

El Príncipe se volvió hacia ella.

—Vamos, Phryné: ¿qué dices tú de esa proposición? ¿Quieres que cenemos los tres juntos?

El Príncipe empezaba á sentir el encanto de Esther, cuyo brazo, al apoyarse en el suyo, le hacía estremecer.

—No, no (contestó Phryné); no doy participación á nadie; todo para mí, es mi divisa.

—Todo para ti, es la mía,—dijo Esther al Príncipe.

Éste estaba ya completamente conquistado; acababa de aspirar el perfume de los cabellos de Esther, que derramaban los más voluptuosos aromas.

Phryné había cogido por su cuenta al amigo de la Comedianta, para referirle todas sus alegrías. Era la primera vez que un hombre de su clase la amaba. Había despedido bonitamente á

todos sus adoradores, y había borrado con sus lágrimas todas sus pasadas faltas. El Príncipe la había vuelto de nuevo pura é inmaculada, añadiendo después otras mil cosas por el estilo.

Hay muchas mujeres que después de una primera falta han cometido la segunda, creyendo salir de todas blancas como una paloma.

No se puede calcular lo de virtudes que ha restaurado Víctor Hugo. Y, sin embargo, el famoso verso de Marion Delorme no se ha pronunciado nunca en la escena.

Pasearon por el salón, el Príncipe con Esther y Phryné con el amigo de ésta. De pronto una mujer se paró delante de los primeros.

—¡Ah! ¡ya te encontré! Tú me engañas antes de que yo tenga tiempo de engañarte.

—¡Chist, Aspasia! (dijo el Príncipe): las paredes oyen.

Aspasia iba envuelta en un dominó rosa, sembrado de perlas. Todo era brillante en la recién llegada, la risa, la boca, los dientes, los ojos, un rayo de sol. Aspasia había tomado el otro brazo del Príncipe, quedando separadas de este modo las dos enemigas. Enfrente de ella parecía Esther una luna casi sin luz.

Pero cuando hablaron las dos, la luna eclipsó al sol por completo.

—¡En fin, Príncipe de mi corazón! (dijo Aspasia): no olvides que ceno contigo.

—¿Qué capricho tienes de cenar? ¡Eso es muy vulgar! Ya no lo hacen más que las modistas y los horteras.

—¡Pues bien! Me divierte hacer lo que todo el mundo; no dirás que soy exigente.

—De ningún modo; pero puesto que ya no hay más bajadas de la Courtille, tampoco hay más cenas.

Esther estaba encantada; le parecía que era ella la que hablaba. Hay muchísimas cosas que las hace uno decir á los demás, sin que se aperciban de ello, sólo por la fuerza de voluntad.

Aspasia insistió, porque necesitaba aquella cena para atormentar á Phryné.

—Después de todo (añadió el Príncipe), si tienes tantas ganas de cenar, corriente; á las cuatro estaré en el café Inglés, en el gabinete número 12.

—Gracias á Dios (dijo Aspasia); pero no me hagas esperar.

—No, á esa hora en punto.

—La exactitud es la política de los Príncipes. Pero veo que se ha apoderado de ti ese dominó que huele á obispo, y creo que debes irte despidiendo de él; por mi parte, voy á pasear por el salón.

En cuanto partió, dijo Esther al Príncipe:

—Monseñor, á las cuatro, es conmigo con quien cenará V. en el café de París. ¡Oh! supli-

co á V. que no dejemos de asistir á esa comedia; es preciso que Aspasia y Phryné se arañen en el café Inglés.

—Ya he pensado que se van á devorar una á otra; pero desgraciadamente no veremos la comedia.

—¡Pues bien!: vamos también al café Inglés, y así oiremos la batalla.

—Todo eso me parece muy bien; pero V. dispone de mí, como si yo le perteneciera.

—Yo soy la que pertenezco á V.

—En fin, vería de buena gana lo que no he visto nunca.

El Príncipe miraba á Esther, que tenía los ojos más hermosos del mundo.

—¡Qué brillo, qué resplandores! Hay ojos que en seguida muestran su matiz; son azules ó negros, mientras que los de V. presentan todos los colores.

Esther mostró su boca.

—¡Adorable! Y además tiene V. unos cabellos que exhalan un perfume más dulce que el del heno cortado en flor.

—¡Oh! ¡una frase!

De frase en frase, volvieron al palco. La obstinada Phryné llegó bien pronto con el amigo de Esther.

—No olvides (le dijo aquella al Príncipe) que cenamos juntos; pero los dos solos, á las

cuatro de la mañana, en el café Inglés, gabinete número 12.

Cerca ya de la hora señalada, el Príncipe partió el primero, diciendo á Phryné:

—Voy á acompañar á esta dama hasta su carruaje.

Como era natural, no volvió.

Phryné, llena de orgullo, no dudó un momento de que habría ido á esperarla al café Inglés. En su consecuencia, rogó al amigo de Esther que la acompañara.

Aspasia llegó al mismo tiempo.

—¡Cómo! ¿Tú también cenas en el café Inglés?

—Sí, me van á servir perlas disueltas.

Y las dos subieron al mismo tiempo.

Su acompañante había encontrado en aquel momento algunas damas conocidas.

—Parece que no cenamos muy lejos la una de la otra,—dijo Phryné, siguiendo á Aspasia.

Ésta no respondió, y llamó en el número 12.

—Ese es mi número,—exclamó Phryné.

—Me parece que no, pues aquí cenamos dos solamente.

—Te digo que el Príncipe me espera en el número 12.

Ya sabemos que el Príncipe no esperaba á ninguna de las dos.

Sin embargo, se abrió la puerta: había dos cubiertos, y la mesa estaba perfectamente pues-

ta; flores y frutas en el centro, y los candelabros cargados de bujías.

—Ya ves que sólo hay dos cubiertos.

—Bueno; pero el Príncipe con quien cena es conmigo.

—Tu reloj, ó adelanta ó atrasa; será tu invitación para mañana.

—Te digo que es para hoy.

La una se sentó para tomar posesión, y la otra hizo lo mismo para protestar.

—Si no estás contenta (dijo la una), puedes ir por cuatro soldados y un cabo.

—Estoy muy contenta; el Príncipe nos pondrá de acuerdo.

Hubo un momento de silencio.

La una coge una flor, y la aspira; la otra toma un racimo de uvas, y lo muerde.

Durante este diálogo, el Príncipe y Esther estaban escuchando junto á la puerta de comunicación, porque en ciertos días se unían los dos gabinetes, sirviendo el uno de antecámara y el otro de sala de fumar. El diálogo subió de tono, empleándose en él las palabras más escogidas del vocabulario carnavalesco.

El Príncipe se echó á reir de tal modo, que Phryné exclamó:

—Ese es el Príncipe, que se burla de nosotras.

Y como una furia abrió la puerta de comunicación. Aspasia la siguió. ¿Qué vieron?

Á Esther sin careta, sentada enfrente del Príncipe.

Al aparecer las dos damas, tomó la Comedianta una manzana con su delicada mano, y exclamó:

—Señoras, ¿para quién es la manzana?

Y como ni la una ni la otra se adelantara á cogerla, la mordió con sus blancos dientes.

Cuando Esther se arriesgaba á dar una batalla, era porque estaba segura del triunfo.

La historia hizo ruido, lo cual agradó al Príncipe. Era Paris con las tres diosas. Las mujeres del gran mundo, lo mismo que las del teatro, se esforzaban en hacer su conquista, mientras que ella, para quien eso no era más que un juego, se esforzaba en cortar el hilo de oro que le unía á ella.